



CAPITULO III

Asamblea Nacional

Última apelación del Tercer Estado, 10 de Junio.—Toma el nombre de Comunes.—Las Comunes toman el título de Asamblea Nacional, 17 de Junio.—Se abrogan el derecho del impuesto.—El rey manda cerrar el local.—La Asamblea en el Juego de Pelota, 20 de Junio de 1789.

El 10 de Junio, Sieyes dijo entrando en la Asamblea: «Cortemos el cable; es tiempo todavía.»

Desde este día la nave de la revolución, á pesar de las tempestades y á pesar de las calmas, retardada, pero no detenida, dibuja su silueta en el horizonte del porvenir.

Aquel gran teórico, que de antemano lo había calculado todo tan exactamente, se mostró en esta ocasión como un verdadero hombre de Estado: había dicho lo que era preciso hacer y lo hizo al momento.

Hay un momento propicio para cada cosa. En esta ocasión, era el 10 de Junio el momento, ni prematuro ni tardío. Antes, la nación no estaba bastante convencida del endurecimiento y egoísmo de los privilegiados; fué necesario que transcurriera un mes para que se viera claramente toda su mala voluntad. Más tarde habría habido que temer dos cosas: ó que el pueblo prefiriera un pedazo de pan á la libertad, y que los privilegiados concluyeran con todo renunciando á su privilegio en los impuestos, ó también que la nobleza, uniéndose al clero, formara una alta cámara, como le aconsejaban. Tal cámara, que en nuestros días no es más que una máquina que la realeza hace funcionar cómodamente, hubiera sido en 1789 una potencia por sí misma, porque hubiera reunido á los que poseían entonces la mitad ó dos tercios del territorio, y á los que por sus agentes, arrendatarios é innumerables criados, tenían medios para influir en los campos. Estaba fresco aún el recuerdo de los Países Bajos, donde el formidable concierto de estos dos órdenes había amotinado al pueblo, vencido á los Austrias y desposeído al emperador.

El miércoles 10 de Junio de 1789, Sieyes propuso llamar por úl-

tima vez al clero y á la nobleza, advirtiéndoles que la convocatoria tenía de plazo sólo una hora y que se anotarían las faltas de los que no comparecieran. Esta convocatoria en forma judicial fué un golpe ines-



Partidas de hambrientos recorrían el país... (Pág. 82)

perado. Los diputados de las comunidades tomaban, ante aquellos que les negaban igualdad, una posición superior; la de jueces.

Este paso fué muy hábil, aunque muchos lo creyeron arriesgado. Se ha repetido mucho que los que tenían todo un pueblo detrás de sí y sobre todo una ciudad como París, no debían temer nada, que eran los fuertes que avanzaban sin peligro... Se puede sostener esta tesis, pero

no es absolutamente exacta. Sin duda los que dieron este paso se sentían una gran fuerza, pero esta fuerza no estaba organizada; el pueblo no era militar como lo fué más tarde. Un ejército rodeaba á Versalles, formado por cerca de quince regimientos de alemanes y suizos en su mayor parte; una batería de cañones había sido colocada delante de la Asamblea... La gloria del gran lógico que formuló el pensamiento nacional y la gloria de la Asamblea que aceptó la fórmula consistió en no ver estas amenazas, creer en la lógica y avanzar en su fe.

La corte, muy irresoluta, no supo hacer otra cosa que encerrarse en un desdeñoso silencio. Dos veces el rey se niega á recibir al presidente del Tercer Estado, pretextando estar de cacería ó encontrarse demasiado afligido por la reciente muerte del delfín. En cambio era público que diariamente recibía á los prelados y á los nobles. Comenzaban á disgustarse é iban á ofrecerse al rey. La corte los escuchaba y sondeaba y meditaba sus temores. Era evidente que el rey, obsesionado por ellos, su prisionero casi, les pertenecía todo entero y se mostraría cada vez más lo que era; un privilegiado á la cabeza de los privilegiados. La situación había llegado á quedar planteada claramente; el privilegio de un lado y el derecho de otro.

La Asamblea había hablado alto y claro y esperaba se le reuniese una parte del clero. Los curas se sentían hijos del pueblo y querían tomar sitio al lado del pueblo; pero las costumbres de subordinación eclesiástica, las intrigas de los prelados, su autoridad y amenazas, y de otra parte la corte y la reina, sobre todo, los sujetaban en su orden. Tres solamente se decidieron, luego siete y al fin dieciocho. En la corte se tomó á broma y chacota la conquista que el Tercer Estado había hecho.

La Asamblea debía ó perecer ó avanzar; tenía que dar un segundo paso. Debía dar cuerpo á la situación sencilla y terrible que hemos indicado varias veces; el derecho en frente del privilegio, el derecho de la nación concentrado en la Asamblea... No bastaba ver esto; era preciso hacerlo ver y promulgarlo, dando á la Asamblea su verdadero nombre: Asamblea nacional.

En su famoso discurso, Sieyes había dicho lo que todos los corazones sentían; palabras que no cayeron en terreno baldío: «El Tercer Estado solo, podrá decirse, no puede constituir los Estados generales... ¡Ah, tanto mejor!; formará una Asamblea nacional.»

Tomar este título, realizar así el dogma revolucionario propuesto por Sieyes: «El Tercer Estado es el todo», era un paso demasiado atrevido para franquearlo de pronto. Era preciso preparar los espíritus, encaminarlos hacia este fin poco á poco y gradualmente.

Las palabras Asamblea nacional no se pronunciaron la primera vez en la Asamblea misma, sino en París, entre los electores que habían elegido á Sieyes, y no tenían hablar su mismo lenguaje.

El 15 de Mayo, M. Boissy d'Anglas, desconocido entonces y sin

influencia, pronunció aquellas palabras en la Asamblea, pero para alejarlas, advirtiendo á la Cámara que debía evitar toda precipitación, librándose del más ligero reproche de *ligereza*... Antes que el movimiento comenzara quería ya dejarlo entrever.

La Asamblea acordó darse el nombre de *Comunes*, que aparte su humilde significación, mal definida, le libraba de su nombre especial é inexacto de *Tercer Estado*. Esto dió lugar á vivas reclamaciones por parte de la nobleza.

El 15 de Junio, Sieyes, audaz y prudente á la vez, pidió que se acordara el nombre de Asamblea de los representantes conocidos y proclamados de la *nación francesa*. Así parecía enunciar un hecho probado; los diputados de las *comunes* habían sometido sus poderes al examen y discusión de la Asamblea, pública y solemnemente en la gran sala abierta y delante de la multitud. Los otros dos órdenes habían examinado sus actas entre ellos á puerta cerrada. La simple palabra de diputados *proclamados* reducía los otros á la calidad de diputados *presuntos*; ¿podían éstos impedir á aquéllos que discutieran, acordaran y hablasen? ¿Los ausentes podían paralizar la acción de los *presentes*? Sieyes probó que los reunidos en la Asamblea representaban cuando menos *noventa y seis centésimas de la nación*.

Conocían todos demasiado bien á Sieyes para dudar que aquella proposición no fuese precursora de otra más atrevida y decisiva. Mirabeau, sin embargo, le censuró «por lanzar á la Asamblea en una carrera, sin mostrarle el fin donde quería conducirla.»

Al segundo día de discusión se hizo la luz. Dos diputados sirvieron de precursores á Sieyes. M. Leraud propuso que la asamblea se constituyera en Asamblea *general* y no se detuviera ante nada que no procediese de la *indivisibilidad de una asamblea nacional*. M. Galaud pidió se declarara que la nobleza y el clero eran simplemente las corporaciones, en tanto que la nación era una é indivisible, y que por esto la Asamblea se constituía en Asamblea legítima y activa de los representantes de la nación francesa. Sieyes abandonó entonces su anterior obscuridad, y sin rodeos propuso el título de *Asamblea nacional*.

Desde la sesión del día 10, Mirabeau miraba á Sieyes en su habilísima marcha, que fatalmente conducía á un punto donde se encontraría frente á frente de la realeza y la aristocracia. ¿Se detendría allí por respeto al ídolo legendario? Las apariencias indicaban lo contrario. Entonces, á pesar de la dura disciplina con que la tiranía formó á Mirabeau para la libertad, el gran orador sintió temores y escrúpulos. Necesario es reconocer que Mirabeau era aristócrata por afición y costumbres y que en el fondo de su corazón era realista; lo era de origen y de sangre. Dos cosas, además; una alta y otra rastrera, le impulsaban. Rodeado de mujeres insaciables, necesitaba dinero y la monarquía le parecía la mano pródiga y abierta, derramando mercedes y dinero. La realeza había sido dura y cruel con él, pero esto mismo le alentaba; Mirabeau creía her-

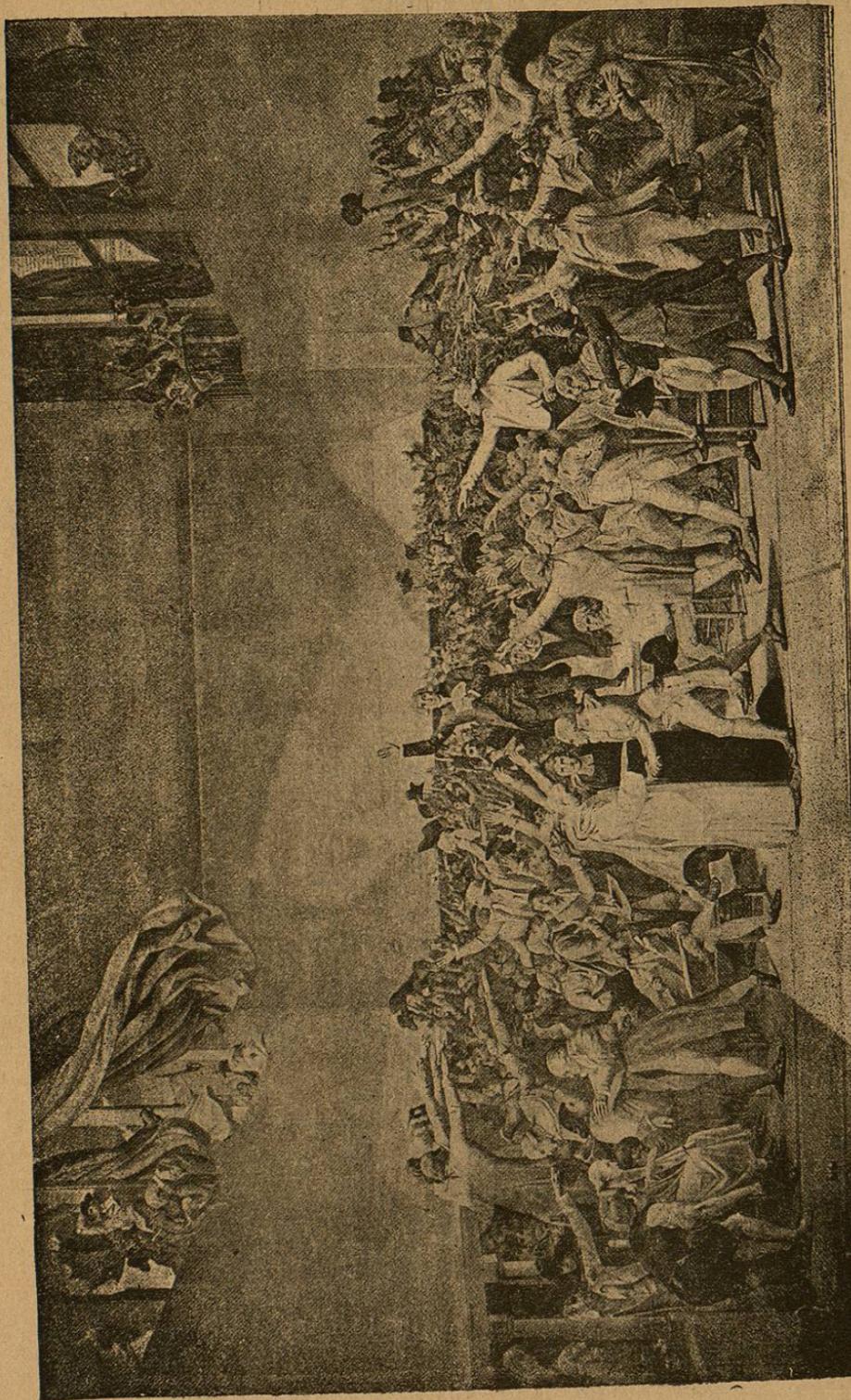
moso salvar un rey que diecisiete veces había firmado contra él órdenes de prisión. Tal era este desventurado gran hombre, magnánimo y generoso, que ansiaba poder arrojar sus vicios sobre las gentes corrom-



EL MARISCAL DUQUE DE BROGLIE

pidas que le habían rodeado y sobre la barbarie paternal que muy joven le alejó de la familia. Su padre le persiguió durante toda su vida, y Mirabeau al morir pedía que le enterraran cerca de su padre.

El día 10, cuando propuso Sieyes anular todo derecho á los que no habían concurrido al llamamiento del Tercer Estado, Mirabeau habló fuerte y firme en apoyo de la proposición, pero aquella noche,



Juramento del Juego de Pelota. (Cuadro de la galería de Versailles)

viendo el peligro, fué á ver á Necker, su enemigo, queriendo poner en claro su situación y ofrecer á la realeza el concurso de su poderosa palabra.

Mal recibido é indignado, formó el propósito de seguir el camino marcado por Sieyes, entregándose con todas sus fuerzas á la Revolución, creyendo poder acelerarla, como antes había creído que poniéndose enfrente hubiera podido detenerla.

Cualquier otro se hubiera hundido para siempre sin poder volver á levantarse. Caído una vez más en la impopularidad, volvió á conquistar sus prestigios, y esto prueba el grandioso poder de la elocuencia en esta nación, sensible más que ninguna otra al genio de la palabra.

¡Cosa más difícil de sostener que la tesis de Mirabeau! Ante la multitud conmovida, exaltada, ante un pueblo educado en la grandeza de la crisis que atravesaba, quería demostrar «que el pueblo no se interesaba en tales discusiones, que solamente pedía no pagar lo que no podía y soportar pacíficamente su miseria.»

Después de estas palabras bajas, afflictivas, descorazonadoras, y en tesis general falsas, se atrevía á plantear la cuestión de principio: «¿Quién os ha convocado? El rey... ¿Vuestros poderes, vuestras actas os autorizan á declarar la Asamblea constituida solamente por los representantes aquí proclamados?... ¿Y si el rey niega su sanción?... La consecuencia es evidente. ¡Ocasionaréis motines y carnicerías; habréis tenido el execrable honor de encender la guerra civil!»

Mounier y los imitadores del régimen inglés proponían el siguiente nombre: Representantes de la mayor parte de la nación en ausencia de la minoría. Esto dividía á la nación en dos partes, conduciendo al establecimiento de dos cámaras.

Mirabeau prefería la fórmula: Representantes del pueblo francés. Esta palabra—decía,—es más elástica y puede expresar mucho ó poco.

Esta fué precisamente la observación que le hicieron dos juristas eminentes: Target, de París y Thouret, de Rouen. Le preguntaron si *pueblo* significaba *plebeyos* ó el latino *populus*. El equívoco apareció al desnudo. El rey, el clero y la nobleza, hubieran sin duda alguna interpretado *pueblo*, en el sentido de *plebe*, pueblo inferior, parte pequeña de la nación.

Muchos no habrían sentido toda la fuerza del equívoco, ni comprendieron cuánto terreno haría perder á la Asamblea, si lo aceptaba, hasta que vieron que Malouet, el amigo de Necker, aceptaba aquella denominación.

El temor que Mirabeau creyó causar hablando del *veto* real, no hizo más que indignar á la Asamblea. El jansenista Camus, uno de los más firmes caracteres de la Asamblea, respondió estas enérgicas palabras: «Nosotros somos lo que somos. ¿El veto podrá impedir que la verdad sea una é inmutable? ¿La sanción real puede cambiar el orden de las cosas y alterar su naturaleza?»

Mirabeau, irritado por la contradicción y perdiendo toda prudencia, llegó á decir: «Creo el veto del rey de tal modo necesario, que si no lo ejerce preferiré vivir en Constantinopla antes que en Francia... Sí, lo declaro; no conozco nada más terrible que la aristocracia soberana de seiscientas personas que mañana pudieran declararse inamovibles y pasado mañana hereditarias, y concluyeran como la aristocracia de todos los países del mundo por invadirlo y acapararlo todo.»

Así, de dos males, uno posible y otro presente, Mirabeau prefería el mal presente y cierto. En la hipótesis de que un día esta Asamblea pudiera querer perpetuarse y convertirse en un tirano hereditario, quería dar armas al poder tiránico para impedir toda reforma en aquella corte incorregible que se quería reformar... ¡El rey!, ¡el rey!, ¿por qué abusar tanto de esta vieja religión? ¿Quién no sabía que desde Luis XIV el rey ídolo no existía? La guerra se entablaba entre dos repúblicas: una que se sentaba en la Asamblea donde estaban los grandes espíritus de la época, los mejores ciudadanos, Francia misma; otra la república de los abusos, que tenía su conciliábulo en casa de Diana de Polignac, en los viejos gabinetes de Dubois, de la Pompadour y de la Du Barry.

El discurso de Mirabeau fué acogido con un torrente de indignación, con una tempestad de imprecaciones é insultos. La retórica elocuencia con que combatía lo que nadie había dicho (que la palabra *pueblo* fuese *vil*), no hizo efecto alguno.

Eran las nueve de la noche. Se terminó la discusión para proceder á votar. La singular claridad con que el problema de la realeza misma había sido planteado, hacía temer que la corte hiciera lo único que le quedaba por hacer para impedir al pueblo que al día siguiente fuese rey; disponía de la fuerza bruta, de un ejército cercando á Versalles; podía utilizarlo, prender los diputados más significados, disolver los Estados; y si París protestaba tumultuosamente, enviar fuerzas y ensangrentar sus calles... Este crimen odioso era la última carta que le quedaba, y se tenía la evidencia de que la jugaría.

En previsión de esto, se quería que la Asamblea quedara constituida aquella misma noche. Este era el deseo de más de cuatrocientos diputados; un centenar se oponía. Esta pequeña minoría impidió durante toda la noche, con gritos y violencias, que se pudiera hacer la votación nominal. Ante este triste espectáculo de una mayoría tiranizada, de la vida de la Asamblea puesta en peligro por la tardanza en constituirse, ante la idea de que de un momento á otro la obra de la libertad, la salvación del porvenir, pudiera ser destruida, se exasperó la multitud que llenaba las tribunas; un hombre se abalanzó sobre Malouet, el agitador principal de los obstinados alborotadores y le zarandeó por el cuello. El hombre se escapó. Los gritos continuaron. «En presencia de este tumulto—dice Bailly, que presidía,—la Asamblea permanece firme y digna, tan paciente como fuerte, esperando silenciosa que ese grupo alborotador sea ahogado por sus mismos gritos.» A la una de la madru-